
La reina del *Chili Beans**

María Teresa Priego

El juicio de Yolanda Saldívar reunió a la comunidad latina con una intensidad pocas veces vista en el sur de los Estados Unidos. De manera simultánea, varias empresas y universidades consideraban la anulación de sus programas de "acción afirmativa". Este retroceso en las conquistas de las minorías de color provocó reuniones, alguna huelga de hambre, descontento. En la arena mediática, con el enfrentamiento de Yolanda y el espíritu de Selena se jugaban simbologías al parecer más importantes que la desaparición de las cuotas reservadas para el ingreso de las minorías étnicas al mercado de trabajo o la universidad. La mayoría de nuestra minoría prefirió concentrarse en Selena. ¿Por descomprometidos?, ¿porque sabido es que a ese "pueblo" le encanta el circo?, ¿o porque los chicanos, "la raza" a la que expulsamos involuntariamente de nuestro territorio, a la que no nos decidimos aún otorgar el derecho a la doble nacionalidad, esos hijos desbalagados de nuestra señora del Tepeyac tienen sus propias leyendas, sus propios significantes, sus indispensables mitos? Hubo un Anthony Quinn. Había, comenzaba a haber una Selena. Convocadora de masas, Selena en el escenario sudaba el éxito, la juventud, el atractivo, la fuerza. El reconocimiento. Una morenaza como nosotros que invadía el espacio vetado, el del otro, y lo dominaba a golpe de talento. Selena era, con ombliguito al aire, la versión esperanzada y luminosa de la lenta travesía del Río Bravo. La reivindicación y la voz. La heroína. ¿Y su homicida? Yolanda, que logró magnificarse la mitad de un día, el tiempo necesario para el disparo y las doce horas posteriores en que, encerrada en su auto y con la pistola en la sien, sollozó y se

* Tomado de *La Jornada Semanal*, Nueva Epoca, núm. 57, 7 de abril de 1996.

explicó compulsivamente por teléfono con su hermana y con los miembros de la policía. Al fin escuchada, tan minúscula y regordeta, tan prematuramente envejecida, tan más bien feicita y medio mensa, prodigiosamente oscura. La otra cara de las brazadas del Río Bravo. Yolanda era el silencio. La sombra. La organizadora del club de admiradores de Selena. El ama de llaves de Selena. Llegado el momento, la antiheroína perfecta. Y allí anduvieron, durante años, gusanito y mariposa, dicen que muy *together* y dicen que hasta muy *sisters*. Hasta que en un motel pulgoso de Corpus Christi, el *corpus* sexy de Selena se convirtió por obra de un disparo de Yolanda en el cuerpo del delito...

Dice Yolanda que por culpa del padre. Del de Selena. Su trágica muerte instaló a la cantante en el Olimpo chicano, donde le ha de cantar a César Chávez. Asesinando a Selena, Yolanda visitó también las alturas mitológicas, nada más que por unos diítas y por la puerta de la cocina. Durante el juicio, se nos agotaron la indignación justiciera y las lágrimas, vimos a la familia de Selena, a su productor, al marido, al fiscal, a la recepcionista del hotel que recibió a la moribunda Selena, a la camarera que quién sabe qué vio o qué escuchó porque se contradice todo el tiempo. Al detective, al inspector, al juez. Vimos el hogar de infancia de Selena, a los vecinos, su escuela primaria, la casa de los jueces. Todo, hasta el más anónimo de los entrevistados, bañados por unos segundos en polvo de estrella. Presenciamos sobre todo paisanos aullando el linchamiento... porque nos la quitaron y porque no puede ser... a nuestra Selena nuestra, ahora que ya hasta empezaba a cantar en inglés. Y ese "ya" adolorido, frustrado, monosílabo de fin de época. De aquellos que dudan fuerte en sobrepasar algún día el casete número dos de "Inglés sin barreras".

A Selena después de muerta sólo le falta comenzar a hacer milagros. Se han vendido más de dos millones de ejemplares de su último disco, proliferan sus videos, se reúne el *casting* para una película biográfica. Por la raza hablará su espíritu... Yolanda fue acusada de homicidio en primer grado y su sentencia desató una fiesta primitiva y extraña. Los fanáticos desfilaban en carros agitando banderitas como tras un partido de fútbol. Pero ¿qué pasó allí dentro, en el "huerto cerrado", donde no cabemos ni mirones, ni el canal 34, ni el juez?

Los menos visceralmente comprometidos con la reconquista de nuestros antiguos territorios nos permitimos sugerir en voz baja, que quizá Selena y Yolanda, ¿cómo decirlo?... ¿Por qué esas citas en hoteles de paso? ¿Por qué, por parte de Yolanda, la patética anti-Selena, esos desgarramientos tan de tripa y carne?... ¿Por qué tanto misterio? Dicen que para ocultarse del padre de Selena. El señor Quintanilla salta a la escena como el elemento masculino que irrumpe violentamente en la estrecha relación de dos mujeres. Le prohíbe a Selena entrevistarse con Yolanda. Exige el despido de Yolanda de la empresa de Selena, imputándole un fraude. Abre de una violenta patada la puerta del claustro y nombra el motivo sexual... Mientras Chris, el marido de Selena, guarda silencio, el padre acusa a Yolanda, no de homosexualidad sino de les-bia-nis-mo, con toda su connotación oscura, prohibida, perversa. Esa palabra, "lesbiana", dejaba de lado el horror inmanente de todo crimen, ese horror que está más acá o más allá del móvil, y se convertía en el horror mismo, en la prueba contundente del mal. Por supuesto que Yolanda amaba a Selena, y me parece que Selena le correspondía. Yolanda amaba a Selena como quien —y valga el lugar común, que no por nada es tan común— mira en un espejo la imagen idealizada de sí misma. Eran ambas, la Otra de la una, los polos, en una dinámica donde me parece que necesariamente, aunque no sabría explicar con qué alturas, con qué distancias, con qué dejos de reina, Selena le correspondía. ¿Homosexualidad abierta?, ¿latente, *who cares?*, ¿pero verdaderamente *who cares?* El de Yolanda es crimen y es pasional. Los alegatos de homicidio involuntario se revelan ridículos e insostenibles. Yolanda disparó el gatillo de la impotencia, de la desesperación y de la rabia. Por supuesto que no quería matarla, sólo quería poseerla. Con algún tornillo de menos, Yolanda se hubiera comido a Selena. Todo por culpa del padre. De la abrupta irrupción del padre. De aquel que pronunciando la palabra "lesbiana" verbalizó el elemento de la carne. Pero hay delirios carnales más abyectos que el de las fantasmagorías del señor Quintanilla. Después de asesinar a Selena, durante sus doce horas de diálogo telefónico bilingüe, bicultural, de perdida desesperación chicana, Yolanda acusa al señor Quintanilla de haberla forzado con su actitud amenazante a cometer el crimen, lo acusa también de haberla violado. De haber introducido en ella un instrumento de madera. Si ese delito existió, Mr. Quintanilla es uno más entre las

toneladas de enfermos que se pasean impunes en sociedades organizadas para ignorar la violencia sexual.

Las noticias del canal 34 dejan al morbosos y ávido telespectador frente a las incomodidades de la obra abierta. Los gritos orgiásticos de nuestros paisanos tras el veredicto de recontractualidad no marcan un final satisfactorio. La antiheroína aún vive, delira o vegeta en una cárcel de mujeres del sur. Me torturo en sus destinos posibles: a) Yolanda cometió un Acto criminal, y gracias a su consecuente castigo, impartido por la justicia de los hombres, se interna en la cárcel de mujeres, donde una violenta catarsis la conduce a la paz espiritual, la autoaceptación, y ¿por qué no?, a un claustro a la altura de las grandes místicas. b) Yolanda Saldívar se despide de lo que queda de sí misma y se suicida. Quizá la única salida respetable, la que otorgaría por fin a Yoly un airecito poético, una oleada reivindicatoria de absoluto. c) Y *last but not least*, tras su encarcelamiento, delira en su universo femenino concentracionario. Condenada a la fantasmagórica en circuito cerrado, delira... hasta perder la razón entregada a sus íntimas razones.

Pero el canal 34 no me olvida, a mí, su fiel telespectadora, y la muchacha monísima de *Primer impacto* me avisa desde la pantalla que estoy a punto de saberlo todo en la entrevista exclusiva con Yolanda Saldívar y que no me la pierda: Selena tenía un secreto. Se me va a revelar. Durante la entrevista consumí medio litro de helado Häagen-Dazs y una bolsa grande de Cheetos y no me enteré de nada. La malvada vestía una blusita roja, que no podía quedarle más que pésimo y leía una carta con instrucciones bien precisas, se presume que de Selena, dictada desde el más allá. En tan particular misiva, la cantante pedía a su fidelísima amiga que contara su dolorosa verdad porque al parecer Selena vivía atormentada e infeliz, sola, solísima, sin nadie en quién confiar. El crimen, repite, fue un accidente. Vaya usted a saber por qué Selena huyó de la habitación aterrada y desangrándose mientras Yolanda se limaba las uñas o algo similar. Yolanda amaba a su "hija". En la reproducción de Yolanda de sus pretendidos diálogos con Selena, justo antes del disparo, los apelativos "madre" e "hija" surgen continuamente y de manera intercambiable. Cuando se hizo referencia al padre de Selena, Yolanda dio por segunda vez esta curiosísima respuesta: "El también es un ser humano" (¿A poco?, ¿puede un hombre alcanzar tan elevada

categoría?). Con un tono de profundísima comprensión y como quien perdona, la que oye voces nos perdonó a todos. A los injustos, a los incrédulos y a los morbosos. Nos perdonó desde sus alturas porque su caso tiene un antecedente en el Gólgota. Ya nos veremos en su nuevo juicio. La verdad será dicha. Se revelará por fin ese misterioso proyecto de Selena que ponía en peligro varias vidas y cuya inviolabilidad protege Yolanda aun a costa de su condena injusta. Continuará... Con una de esas calmas impresionantes que uno no sabe si provienen del Valium o de alguna práctica Zen, Yolanda la mística, encarna su nueva versión con aires de caricaturesca magnificencia: La vestal. La cuidadora del fuego sagrado. La incorruptible guardiana del Secreto de Selena.